

Lucas 2:22-40

Lucas 2:22-40 Presentación 2 de Feb. de 1997

22 Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor 23 (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), 24 y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un par de tórtolas, o dos palominos. 25 Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. 26 Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. 27 Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, 28 él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

29 Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,
Conforme a tu palabra;
30 Porque han visto mis ojos tu salvación,
31 La cual has preparado en presencia de todos los pueblos;
32 Luz para revelación a los gentiles,
Y gloria de tu pueblo Israel.

33 Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. 34 Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha 35 (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.

36 Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, 37 y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. 38 Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.

El regreso a Nazaret

39 Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. 40 Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él.

Hoy es la fiesta de la Presentación. Han pasado 40 días desde la Navidad. Según la ley de Moisés, la madre que había dado a luz a su primogénito tenía que presentar a su hijo a Dios y redimirlo con un sacrificio, y ser purificada ella misma. Toda vez que fuera posible, los fieles judíos hacían esto en Jerusalén, en el templo. Así también José y María hicieron el viaje a Jerusalén y cumplieron con los reglamentos de la ley.

Era una cosa que pasó casi inadvertida entre la gente. Después de todo, María y José no pertenecían a la clase influyente y acomodada. Se nota esto del mismo sacrificio que presentaban, “Un par de tórtolas, o dos palominos”. Si tenían para hacerlo, era obligatorio ofrendar un cordero, pero en consideración de los pobres, ellos podían presentar dos pajaritos en ofrenda. Así nadie tomaba nota de otra pareja pobre que venía al templo. Sin embargo, no pasó totalmente inadvertida esta visita del niño Jesús y sus padres al templo. Dios mismo aseguró que algunos se dieran cuenta de quién era ese niño pobre, y lo que significaría para su pueblo y para el mundo.

Cuando estaban José, María y Jesús en el templo, otro hombre también apareció. Pero no estaba allí por accidente. Lucas nos cuenta que “Y movido por el Espíritu, vino al templo”. Este hombre piadoso había recibido un privilegio excepcional. Dios le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías. “Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor”. Ahora el Espíritu Santo le indicó que debería ir al templo. Le esperaba lo que era la meta y el deseo de su vida. Vería al fin al Ungido del Señor, el Cristo. El que esperaba la consolación de Israel ahora vería al verdadero Consolador. Así que “cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos”. ¿Cómo sabía que esto es lo que debería hacer? ¿Cómo sabía quién sería? Sin duda esto también le fue revelado por el Espíritu Santo.

Si la acción era sorprendente, las palabras eran más sorprendentes. Simeón hablaba con poder profético, anunciando el verdadero fruto de la venida de este niño al mundo. En primer lugar lo llama “Luz para revelación a los gentiles”. Dios ya había revelado que su Mesías iluminaría a las naciones. “¡Levántate! ¡Resplandece! Porque ha llegado tu luz, y la gloria de Jehovah ha resplandecido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra; y la oscuridad, los pueblos. Pero sobre ti resplandecerá Jehovah, y sobre ti será vista su gloria. Entonces las naciones andarán en tu luz, y los reyes al resplandor de tu amanecer”. El mundo entero estaba en tinieblas.

“Las tinieblas cubrirán la tierra; y la oscuridad, los pueblos”. Esto describe la situación del mundo entero sin Cristo. Sin la revelación de Dios, el hombre, muerto en delitos y pecados, sigue su camino, sin saber a dónde va. Es tan ciego que ni siquiera reconoce su verdadera condición. Anda al borde del precipicio, y piensa que está en el camino real. Aun lo que llaman espiritual y pensamientos elevados, y pensamientos religiosos solamente alejan de Dios y traen la ira de Dios. Como dice Pablo a los efesios: “Y acordaos de que en aquel tiempo estabais sin Cristo, apartados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, estando sin esperanza y sin Dios en el mundo”. Dios había permitido a los gentiles seguir su propio camino de rebeldía contra él, y en su ceguera estaban destinados a perecer.

Pero ahora ha resplandecido la luz. Dios ha preparado salvación “en presencia de todos los pueblos”. No solamente es este niño que nació una luz para los gentiles, Dios ha preparado esta salvación en la presencia de todos los pueblos. Esto solamente puede significar que Dios publicará las noticias de la salvación por medio de su Cristo en el mundo entero. ¿no es esto lo que sucedió? Cristo mismo dijo más tarde a sus discípulos que deberían hacer discípulos a todas las naciones. “Predicad el evangelio a toda criatura”, les dijo. Y también les indicó que comenzando desde Jerusalén y Judea, el mensaje del evangelio debería llegar “hasta los fines de la tierra”. Este niño, que ese día en el templo pasó casi inadvertido, llegaría a ser proclamado y presentado como el Salvador de toda la humanidad.

Simeón mismo le reconoce como su Salvador. “Han visto mis ojos tu salvación”. Al ver al niño Jesús, ve a aquel en quien todas las promesas de Dios de redención y salvación encuentran su cumplimiento. Allí ve el remedio de su pecado y el pecado del mundo. Allí ve al que conquistará a Satanás y la muerte. Allí ve al que trae paz y consuelo al hombre aterrado por el juicio a causa de sus pecados, porque allí ve a aquel que cumplirá perfectamente la ley de Dios que él no ha guardado y no ha podido guardar. Allí ve a aquel que se ofrecerá como el perfecto sacrificio por el pecado.

Como resultado dice que ahora puede partir de esta vida en paz. Ha encontrado en este niño humilde aquel que quita hasta los terrores de la muerte, y le da confianza, sabiendo que al morir no se irá ya a la presencia de un Dios justamente airado e iracundo, sino a un Salvador que le recibirá como su hijo redimido y coheredero junto con su Hijo.

Esta es la misma confianza que podemos tener todos nosotros. Esta luz para los gentiles y gloria de su pueblo Israel también es para nosotros. Ha venido también para traer salvación a

nosotros. Todo el que cree en él tiene la vida eterna. Y todo el que cree en él puede enfrentar inclusive la muerte con la misma confianza y seguridad con la que la enfrentó Simeón.

Uno creería que cuando hay una salvación tan grande ofrecida a los hombres, que todos se apresurarían para recibirla. Pero no es así. Aun Simeón sabía eso, y profetizó acerca de esto a José a María. “He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones”. Muchos, al ser enfrentados con la salvación en Cristo la rechazan. Cristo mismo resulta una ofensa para ellos, una causa de caer. La razón es sencilla. La persona para quien Cristo aprovechará primero tiene que reconocer que sin Cristo, por sus propias obras y sus propios esfuerzos, solamente puede pecar y ofender a Dios. Cristo no vino para salvar a los justos, sino a pecadores. La persona que en su orgullo espiritual no permitirá que sea denominado solamente un pecador, no tendrá ninguna utilidad en un Salvador de los pecadores. Así que la misma roca que le fue puesto en el camino para que descansa sobre ella, más bien se le hace un obstáculo contra el cual choca y se cae a tierra, con todos los huesos rotos.

Pero para los que reconocen su pecado y su condición de perdidos, Cristo es puesto para ellos para levantamiento. El publicano en el templo, que no tuvo mejor cosa que alegar sino “Sé propicio a mí, pecador” se fue a su casa justificado, mientras que el fariseo que se pensaba muy bueno y decente y por lo tanto agradable a Dios fue condenado. Como esto es algo que ofende el orgullo espiritual natural del hombre, porque el hombre no quiere reconocer que solamente es un pecador ante Dios, muchos hablarán en contra de Cristo. Es una señal que será contradicha. Seguramente los Evangelios dan testimonio del cumplimiento de esto. También la historia de las misiones en el mundo. Los sabios y los rectos de este mundo generalmente creen que esa justicia ante los hombres también sea una justicia suficiente ante Dios, y cuando se proclama el mensaje de que todas las mejores obras de los hombres son como trapo de inmundicia, y que solamente mediante la gracia de Cristo, sin ningún mérito de nuestra parte, sin que podamos contribuir nada a nuestra salvación, el hombre se ofende, ya no quiere nada que ver con este Cristo, y comienza a hablar en contra de él y rechazarlo, llegando hasta la burla y la blasfemia.

¿Y qué tal nosotros? ¿En nuestro orgullo rechazaremos esta luz y salvación que Dios ha permitido brillar entre nosotros también en estos últimos días? ¿Nos ofenderemos cuando con su palabra Dios nos convence a nosotros de nuestro pecado? ¿Insistiremos en mantener nuestra propia justicia por nuestras vidas y

acciones, y así rechazar la justicia que vale ante Dios, la justicia que es por la fe en Cristo Jesús? ¿Será Cristo para nosotros roca puesta para nuestra caída o nuestro levantamiento?

Estoy seguro, hermanos, que como Simeón verán en Jesús su Salvador. Estoy seguro que considerarán a Cristo como la luz para revelación a los gentiles y gloria de su pueblo Israel, y por tanto también su luz. Estoy seguro que abandonarán las tinieblas de sus propios razonamientos y sus propias obras, para refugiarse en la perfecta obra de Jesucristo hecha por ustedes.

Y siendo esto así, ustedes, como Simeón, habrán logrado cumplir el verdadero propósito de sus vidas. Serán salvos. Podrán ya partirse de esta vida en cualquier momento que Dios determine con paz y gozo y seguridad. Como Simeón pueden orar: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, Conforme a tu palabra; Porque han visto mis ojos tu salvación.” Y ahora que Dios nos guarde a todos en esta convicción y fe hasta el fin, para que junto con el viejo Simeón, veamos también a este niño glorificado en el cielo. Amén.